



GUAYASAMIN

GEORGE
JOURNAL CRITICA

1. América Latina colonial: la América
precolombina y la conquista

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

Leslie Bethell, ed.

— 3 —

Capítulo 2 LOS INDIOS DEL CARIBE Y CIRCUNCARIBE A FINALES DEL SIGLO XV

A finales del siglo XV, las tierras que bordean el mar Caribe estaban densamente pobladas por pueblos con organizaciones sociales de rango y jerarquía diferente, que reflejaban distintos grados de complejidad social. Entre estas formas de organización política, se pueden encontrar dos esteras principales de interacción política. El centro de una estera en la mitad septentrional de Colombia, junto con la baja Centroamérica (Panamá y Costa Rica) y el norte de Venezuela, como extensiones regionales hacia el este y el oeste, respectivamente. El centro de la otra lo constituían las islas de La Española y Puerto Rico en las Grandes Antillas, además de Jamaica y Cuba. Geográficamente situados entre estas áreas de gran desarrollo político, y en algunos sentidos vinculados a ellos culturalmente, se encontraban los pueblos de las Pequeñas Antillas, el nordeste de Venezuela y los llanos venezolanos, al norte y al oeste del río Orinoco, cuyas organizaciones eran menos complejas. En la periferia de los territorios circuncaribeños, es decir, en el este de Nicaragua y Honduras, en el delta del Orinoco, y en pequeñas zonas de Cuba y La Española, unas pocas sociedades seguran existiendo con un bajo nivel de desarrollo cultural, de tipo tribal. Las diversas categorías de sociedades del área circuncaribe se componían de dos sectores sociales, élites y plebeyos, relacionados jerárquicamente. El carácter hereditario de la pertenencia a uno u otro sectores, junto con las distinciones añadidas por su status social, se acreditaban especialmente entre los miembros de las élites, comprendiendo derechos diferenciales, obligaciones y privilegios a los individuos y grupos. Por ejemplo, las personas de alto rango tenían bajo su control aspectos exclusivos de la producción, distribución y consumo de los recursos. Supervisaban las relaciones sociales dentro de su grupo con periódicas advertencias públicas y autorizando sanciones por faltas graves. Estaban al mando de los escuadrones de guerreros en la lucha contra los adversarios exteriores. En cuanto a esto, las actividades de la élite ayudaban a unir a todos los miembros de la sociedad en una sola unidad política; posiblemente, también dentro de un conjunto económicamente integrado. Sin embargo, otros aspectos del comportamiento de la élite acentuaban las distinciones entre plebeyos, y de éstos con las clases superiores. Particularmente significativo en este contexto, eran los más exclusivos o esotéricos intereses y prácticas, asociados a la adquisición y expresión de la autoridad y el poder de la élite. Las

busqueda del poder y la autoridad se dirigía con frecuencia hacia el contexto de lo sobrenatural, por medio de impresionantes contactos con las divinidades y las fuerzas sagradas en lejanos reinos sobrenaturales, que transmitían una analogía a la sacralidad y supremacía al soberano. Es probable que los reyes también buscaran contactos de prestigio, comparables a los que se efectuaban con lo sobrenatural, para igualarse con otros reyes «sagrados» que vivían en regiones remotas, geográficamente hablando, que eran en virtud de su distancia, asimismo tierras «sagradas».¹

Los contactos con lugares y pueblos lejanos, geográfica y sobrenaturalmente, así como el conocimiento y poder superior que transmitían, se dotaban de expresión material gracias a los diversos privilegios que la élite se apropiaba. Entre éstos se encontraban el derecho a exhibir objetos «lujosos», a menudo raros y valiosos, en forma de adornos personales, que solían proceder de reinos «sagrados», geográficamente lejanos. Las élites y, en especial, los jefes, vestían tejidos excepcionalmente finos, eran transportados en literas y algunas veces empleaban «lenguajes» distintos de la lengua vernácula. Durante su existencia vivían apartados del pueblo llano, en centros o recintos de élite, amplios y decorados primorosamente; y a su muerte, eran enterrados en tumbas ricamente surtidas con artículos de élite, incluyendo con poca frecuencia, algunos criados o esposas que se sacrificaban. Los intereses y las actividades de la población común, por el contrario, estaban más localizadas espacialmente, y se referían más bien a los asuntos mundanos de la subsistencia diaria y el bienestar del grupo familiar. Sus ornamentos eran mucho menores, sus casas menos cuidadas y sus entierros más sencillos que los de sus señores.

La variedad cultural que caracterizaba a toda el área circunscrita se reflejaba a menor escala en las complejas culturas de las regiones que la constituían. Colombia es un caso muy importante en este aspecto. Hacia el año 1500 d. C. la diversidad de organización en las numerosas sociedades avanzadas distribuidas a lo largo de sus tres cordilleras andinas y las tierras bajas del Caribe se podía equiparar fácilmente con la topografía heterogénea del propio país.

Los niveles más altos de desarrollo político y de influencia regional los alcanzaban un grupo de unidades políticas, incluidas las de los muiscas o chibchas, situadas en las cuencas de las tierras altas de la Cordillera Oriental; las de los minados pueblos tarona, situados en toda la costa del Caribe y en las inmediaciones de la Sierra Nevada, en el extremo nordeste de Colombia; y las de los condes asentados en el norte de las sabanas colombianas. Posiblemente, la jefatura de Dabeiba, situada al norte de la Cordillera Occidental, junto con algunas de las comunidades quimbayas de las laderas occidentales de la Cordillera Central, en el curso medio del río Cauca, también mantenían posiciones claves en la influencia regional, aunque el grado de elaboración política que las sociedades de Dabeiba y Quimbaya alcanzaron no fuera tan elevado como el que habían conseguido los muiscas, los condes y los taronas. Indudablemente, existían otras unidades políticas que tenían una importancia comparable a éstas, como las tamalameques, en algún lugar del río César, en el curso bajo del río Magdalena, no lejos de su confluencia de los ríos César y Tamara.

Rodeando a estas unidades políticas locales, que tenían la mayor complejidad po-

1. La relación entre distancia sobrenatural y geográfica la trata también Mary W. Helms, *Andean Panama: chiefs in search of power*, Austin, Texas, 1979.

lítica o influencia regional, se encontraban sociedades relativamente menores, con frecuencia bastante militarizadas, y, aunque menos complejas, sus jefes habían hecho que su prestigio y autoridad procedieran, en gran parte, de su compromiso con las redes de asociaciones de élite que tenían su centro en la unidades focales. Al menos en una región, más bien apartada, en el curso medio del río Magdalena, las sociedades avanzadas estaban aparentemente ausentes, quizá debido a la incapacidad de los jefes de las tribus locales para lograr una interacción efectiva entre las redes de asociaciones que sustentaban la alta posición de las élites políticas en otra parte. La influyente posición que ocupaban los gobernantes de los muiscas, los taironas y los cenúes, junto al prestigio adquirido por los señores de Dabeiba y la mayor organización política de los quimbayas, fue alcanzado, en parte, por el acceso de estos jefes al gobierno y control de ciertos recursos escasos y muy valiosos, ya fueran naturales o elaborados, cuando eran altamente apreciados por las élites en todo el territorio, y, por consiguiente, se distribuían ampliamente a través de las redes de asociaciones elitistas. Así, por ejemplo, las propiedades de los muiscas en las tierras altas comprendían minas de esmeraldas, y los dominios costeros de los taironas daban finas conchas marinas. Los conquistadores españoles encontraron esmeraldas muiscas en Tairona, mientras que las conchas de Tairona servían de adorno a los jefes muiscas, quienes las colgaban ante las puertas de sus recintos residenciales. Los muiscas, cenúes y taironas fueron célebres, además, por sus finos tejidos y las delicadas piezas de oro y tumbaga realizadas por hábiles especialistas que trabajaban para las élites. Estos artículos se distribuían ampliamente, como sucedía con la sal que los muiscas extraían de las manantiales de las tierras altas y los taironas y cenúes obtenían de las fuentes costeras. Asimismo, el señor de Dabeiba era conocido por las piezas de oro que se realizaban en su centro de élite, y que se distribuían por redes especializadas hasta lugares tan alejados como Panamá. De modo parecido, el reino de Quimbaya disponía de yacimientos de oro y manantiales salinos; los artesanos quimbayas eran muy hábiles tejedores y, probablemente también, en la metalurgia. Una vez más, la sal, los textiles y los objetos de oro y tumbaga se intercambiaban con los pueblos vecinos y con los grupos más lejanos. Los señores de pequeños dominios que estaban situados en torno a estas unidades políticas focales eran atraídos por la red de intercambio establecida por la élite, en varios sentidos. En algunos casos, eran capaces de introducir un recurso vital como la sal dentro del flujo de distribución, recibiendo como contrapartida valiosos artículos de élite producidos en otros lugares. Por otra parte, estos señores de menor entidad dirigían la producción local de materias primas exigidas por los artesanos de élite principales centros de élite. Los tejedores muiscas de las tierras altas, por ejemplo, dependían del algodón en rama que los pueblos no-muiscas cultivaban en la tierra templada y la tierra caliente de las zonas más bajas de la Cordillera Oriental y el curso medio del río Magdalena; estos cultivadores cambiaban las materias primas locales por productos acabados procedentes de las tierras altas. Asimismo, el pueblo llano de algunas comunidades quimbayas producía algodón en rama, mientras que otros grupos quimbayas eran especialistas en hilar y tejer. Los artesanos muiscas adquirían el metal en bruto en los pueblos mineros situados más al sur, en el curso alto del río Magdalena, a cambio de sal, tejidos y esmeraldas. En Dabeiba, situada en las tierras bajas de Cenú y en Quimbaya, los metalúrgicos adquirían gran parte de su oro en bruto de los caciques que tenían bajo su control las

celebres minas de Buitica, en la zona de Medellín, en la accidentada Cordillera Central, a cambio de piezas de oro, productos agrícolas, sal, tejidos textiles, pescado seco y esclavos capturados en las guerras, todo lo cual aumentaba indudablemente el poder de los señores locales.

Los registros dan fe de medios logísticos mediante los que los señores de los do-

minios más pequeños participaban en la extensa red de distribución de la élite. Por ejemplo, los señores locales controlaban un puente vital que cruzaba el río Cauca. En un punto del extenso camino que enlazaba las minas de Buitica con los centros artesanos de élite de las tierras bajas del norte y exigían un peaje a quien deseara pasar por él.² Otros señores locales, especialmente los situados entre los principa-

les centros de élites de las tierras altas y las tierras bajas, se beneficiaban del papel de intermediarios en el intercambio de mercancías procedentes de las montañas interiores y los productos de las tierras bajas. Varios asentamientos en los límites de diferentes zonas ecológicas o entre las principales cuencas fluviales servían como centros de intercambio, donde los representantes de las élites, a menudo denominados «mercaderes» en la literatura europea, llevaban los valiosos productos desde las mon-

tañas interiores y las tierras bajas de la costa e interior. Dichos centros de intercambio incluían a Tahami, en el río Cauca, cerca de la cuenca del río Magdalena, en donde las estratificaciones de las montañas se dirigen a la confluencia con el río César, Sorocota en los límites septentrionales del territorio chibcha, cerca del curso medio del río Magdalena, e Ibaqué situado en las cumbres de la Cordillera Central, en

donde los pueblos quimbayas del valle del Cauca se reúnan con los emisarios del valle del Magdalena y el dominio de los muiscas. Es muy probable que los señores locales de estos lugares de intercambio se beneficiaron políticamente de estas operaciones de trueque, especialmente si garantizaban la «paz del mercado» (para que las zonas fronterizas pudieran ser lugares de guerra) para los que procederían de cer-

ca y de lejos, con objeto de intercambiar mercancías.

Aunque se han citado los términos «mercaderes» y «mercado», debe subrayarse que los contactos de las élites regionales y extrarregionales que han dado expresión material al intercambio de recursos valiosos tuvieron tanta importancia, o incluso más, política e ideológica como económica. A muchos de los artículos escasos y valiosos que se intercambiaban, no sólo las esmeraldas, las piezas de oro y los tejidos finos, sino también otros productos como la sal, el pescado seco y los esclavos capturados en la guerra, se les añade un simbolismo político y religioso que denota el carácter sagrado, la eficacia y la autoridad de la jefatura. Existen pruebas de que el trabajo en las minas de oro y esmeraldas se consideraba como una actividad sagrada, que exigía un ritual preparatorio; la actividad en los telares se consideraba también en el mismo sentido. Además, en los centros de élite como Dabeiba, las capitales céntricas de Finzenú y Ayapel, Guatavita en el reino suvisca y en muchos otros, los lugares residenciales destinados a los jefes y sacerdotes, y los centros artesanales en donde se elaboraban artículos suntuarios estaban directamente relacionados con los santuarios o templos. Estos sitios también se utilizaban como lugares de peregrinación o como metrópoli de las élites. Por último, para completar esto, en las cosmologías de las jefaturas, las distancias geográficas se relacionaban con

las distancias sobrenaturales — como ya se indicó en la introducción —, el significado se añadía a todos los artículos procedentes de regiones y pueblos muy alejados de un centro político dado, así como a todas las actividades que se relacionaban con éstos. Este tipo de factores prevenían contra una interpretación estrictamente económica de los intercambios precolumbianos producidos a distancia.

Los dominios de los musicas, los tairona y los cenúes, todos ellos densamente poblados y de una gran complejidad, se apoyaban en un sistema de subsistencia sumamente productivo, con una agricultura y pesca extensivas, y con la caza como una importante actividad suplementaria. Los altiplanos fértiles y bien regados, donde habitaban los musicas, producían una variedad de productos agrícolas, que comprendían la papa y la quinua, algunos de ellos crecían probablemente en los lechos que se cultivaban sobre el suelo de las cuencas secas para regular la humedad. En las laderas se habían construido terrazas o se cultivaba mediante técnicas de «roza y quema». Disponían de recursos acuáticos de gran riqueza, especialmente en peces y aves acuáticas de los ríos y las aguas estancadas, o pantanos, dispersos por todos los valles. Se construyeron estanques especiales para peces en los pantanos y también en las ricas de los ríos y las aguas estancadas, o pantanos, dispersos por todos los valles. Los españoles comentaron la abundancia de venados en el territorio de los musicas, aunque su caza era una actividad restringida a las élites.

Tanto la carne producto de la caza como la producción agrícola eran ofrecidas por los jefes de clanes locales y los grupos territoriales (*mita*) a los jefes de la comunidad, y de éstos pasaban a los señores de categoría más elevada, guardándose en almacenes (que también encerraban las armas y los productos sunuarios, como los objetos de oro) construidos en el recinto residencial del señor. Estos artículos aliménticios se destinaban a mantener a los sacerdotes y guerreros en servicio, y probablemente proporcionaban los comestibles para las ceremonias y fiestas. Además de los obsequios en forma de productos agrícolas, los plebeyos locales dedicaban servicios personales al señor local, cultivando sus campos y construyendo su recinto y lugar de residencia.

Los centros de población y los recintos ceremoniales de los dominios cenúes estaban situados cerca de los ríos principales que cruzaban las tierras bajas del norte próximas a las grandes ciénagas o lagos estacionales. Era característico que estuvieran rodeadas por la sabana cubierta de hierbas que, de vez en cuando, cedía ante las laderas de las colinas arboladas. Es probable que el sistema agrícola de «roza y quema» se practicara en estas boscosas situaciones y permanentemente se desplazaba hacia las crestas de las colinas situadas al borde de las ciénagas, y en las contiguas pendientes de los diques naturales. Los ríos proporcionaban una extraordinaria riqueza piscícola, y tanto los ríos como las ciénagas contenían una diversidad inmensa de animales comestibles, acuáticos y terrestres, como tortugas, manatíes, caimanes, pacas y pollas de agua. Las sabanas cubiertas de hierba albergaban venadas, conejos, pecarís y pájaros. Esta abundancia de recursos servía para alimentar a la población que vivía en pequeñas comunidades dispersas por los interfluvios de la meseta, y la élite que habitaba los grandes centros artesanales y ceremoniales. Los habitantes de las ciudades bien organizadas y los centros ceremoniales, con abundantes templos, de los taironas, solían disponer de acequias y canales de riego para surtir de agua a los campos, y también construían terrazas sobre bases de piedra que ocupaban muchos kilómetros de las laderas bajas de la Sierra Nevada de Santa

La Marfa. La arboricultura, la caza y, especialmente, la pesca, se añadían a los productos agrícolas de que disponían en abundancia y diversidad. A juzgar por los informes de los conquistadores, incluso las tierras de las comunidades de poca importancia, o relativamente menores, estaban muy pobladas y bien cultivadas, disponían de sistema de riego o de una agricultura de camellones altos. La pesca y la caza se citaban también como actividades productivas en la práctica totalidad de las regiones. En el valle del Cauca medio, por poner un ejemplo, el propietario y los pantanos adyacentes del cañido valle producían una pesca excelente, mientras que las laderas de las montañas, más frías, proporcionaban huertos probablemente permanentes y bien regados, próximos a las viviendas cómodas y bien defendidas, situadas cerca de arroyos y manantiales. Más lejos, en la parte de las laderas, se disponía de campos extensos, parcelas de árboles y una gran variedad de caza salvaje.

Los modelos culturales básicos y las formas políticas características de los Andes, en el norte de Colombia, y las tierras bajas del Caribe se encontraban también en la baja América Central (Costa Rica y Panamá) y al norte de Venezuela. A partir de la distribución de los objetos de oro y otros artículos suntuarios, se ha supuesto que las élites de dichas regiones establecían contactos a larga distancia con los centros de élite de las zonas de Colombia más próximas a sus territorios. En este sentido, puede considerarse a la baja América Central y al norte de Venezuela como parte de una compleja área de interacción política e ideológica que afectaba a los diversos sistemas de élite, en gran parte de América del Sur noroccidental y la baja América Central.

La estrecha franja de tierra que forman Panamá y Costa Rica contiene sierras importantes que descienden hacia las dos vertientes del Caribe y el Pacífico, diversificándose en importantes zonas de las tierras bajas costeras. Con frecuencia, el territorio bajo control de un jefe dado comprendía una estrecha zona de tierra centrada en uno o varios valles fluviales que se extendían desde las cimas de las montañas interiores a las tierras bajas del llitoral. En algunos casos, estas tierras se dividían en un territorio montañoso sometido al control de un jefe, mientras que las partes interiores de las laderas y las playas del llitoral estaban bajo el mando de otro jefe. Las pruebas de que se dispone, indican que el dominio de un jefe tendía a incluir el territorio comprendido entre medio día y un día de viaje, desde el centro de poder. A juzgar por los relatos de los españoles, el nivel más alto de complejidad en materia de organización que mostraban decenas de sociedades de rango, situadas en la baja América Central, se acercaba más al que alcanzaba en Dabeiba o en los dominios más extensos de Quimbaya, en Colombia, que las unidades políticas de los mixtecos, los cenzes y los tarimanas, cuyos centros de élite eran mucho más complejos que cualquiera de los que se conocían en Panamá o Costa Rica. Más aún, no existen indicios de un sistema intensivo de riego o de técnicas agrícolas en campos de camellones, para América Central. En cambio, la horticultura realizada con bastones para cavar predominaba en las espaciosas tierras bajas y las laderas de las sierras. Sin embargo, hay algunas evidencias de que las mujeres y los niños capturados en las guerras se empleaban para trabajar en labores agrícolas. Si así fuera, incluso la agricultura de «roza y quemar» pudiera haber sido notablemente productiva. El resto de los alimentos se obtenían de las palmas pejivale y otros árboles fru-

tales, y de la caza de animales salvajes terrestres y aves. Así, los peces de río y de mar, los manatíes y tortugas de mar eran muy abundantes. Realmente, los recursos acuáticos de los ríos y del mar, de una gran riqueza, eran tan fundamentalmente como la agricultura para alimentar a las considerables poblaciones de que hablaban los conquistadores. En la baja América Central no se recaudaba regularmente ningún tributo significativo, aunque se podían esperar las prestaciones de servicios personales y de trabajo cuando el jefe los requiriera, como en la construcción de edificios, en la agricultura, la pesca o la caza para el beneficio de aquel o en tiempo de guerra. En tales ocasiones, el señor distribuía los alimentos y las bebidas desde almanera. En totalmente llenos de carne y pescado seco, productos agrícolas y bebidas fermentadas o «chichas».

En Panamá y Costa Rica, como en Colombia, puede distinguirse todavía un grupo de unidades políticas focales de gran influencia. Cada señor dominante en una región estaba apoyado sucesivamente por un *hinterland* político de élites aliadas o subordinadas cuyos vínculos con el gobernante central estaban reforzados por el matrimonio; la política era común entre las élites, tanto allí como en Colombia. Los centros de élite de las unidades políticas focales estaban situadas en lugares estratégicos de las rutas comerciales más importantes, por donde se realizaban los contactos a distancia y se producía el intercambio de los productos de escaso valor. En Panamá, por ejemplo, el señor de la ciudad Darién, en el golfo de Urabá, recibía oro procedente de Dabeiba, a través del río Atrato. De modo parecido, el centro de élite de Comogre, situado estratégicamente en la sierra del Darién, en la cabecera del río Bayano y el río Chucunaque, recibía perlas y oro en bruto de las regiones costeras del Pacífico y del suroeste de Panamá, a cambio de tejidos y esclavos capturados en las guerras. La capital de Veragua, cerca de la costa del Caribe al noroeste de Panamá, era otro centro activo de intercambio, en donde se elaboraban piezas de oro. En Costa Rica, los célebres señores de los llamados Guetar oriental y occidental tenían bajo su control dominios situados estratégicamente en la «mesa central» o cerca, en el corazón montañoso de Costa Rica central, cerca del nacimiento de dos vías de comunicación importantes, el río Reventazán, que desemboca en el Pacífico, y el río Grande de Terraba, que se dirige al Pacífico.

Aunque gran parte del oro en bruto, perlas, tejidos y otros productos se intercambiaban entre las élites de la baja América Central, es posible que permanecieran en la región, algunos indudablemente desplazados hacia el noroeste de Panamá ca del Sur, a través de los contactos realizados entre las élites regionales de Panamá. Este argumento se apoya básicamente en el hecho de que, aunque las cantidades de oro fundido y las piezas de tumbaga que se elaboraban ya eran conocidas desde el período precolumbino en Panamá y Costa Rica, de éstos no había antecedentes registrados en el siglo XVI, claro indicio del conocimiento de unas complejas prácticas metalúrgicas, incluyendo aleación y vaciado, en Panamá y Costa Rica durante este período, todavía esta posibilidad no puede descartarse.³

3. Para un tratamiento más completo de la posición del autor sobre esta cuestión controversial, véase Helms, *Ancient Panama*. Los documentos indican que el oro en bruto se podía conseguir

Tanto los modelos culturales como la topografía del norte de Venezuela eran distintos a los de la baja América Central. La Cordillera Oriental de Colombia se extiende por este territorio, penetrando en varias cadenas montañosas más pequeñas. Un recorrido, la Sierra de Perijá, se extiende por la orilla occidental del lago Maracabó, mientras un segundo, la Cordillera de Mérida o los Andes venezolanos, se prolonga al noreste, a lo largo del extremo Sur del lago y luego, bajo el nombre de Cordillera de la Costa, corre a la paralela a la costa caribeña del norte de Venezuela. Según los relatos del siglo XVII los Andes venezolanos y la Cordillera de la Costa eran las regiones más densamente pobladas del territorio. El pueblo llano formaba sociedades avanzadas cuya organización pudo haber sido más compleja que lo hicieron los europeos había reducido drásticamente la mayor parte de las sociedades del norte de Venezuela, a principios del siglo XVI.

En las zonas altas, las partes de «tierra fría» de los Andes venezolanos, se desarrolló una agricultura intensiva utilizando el sistema de terrazas y riego que junto con la caza, servía para mantener una alta densidad de población. Los tejidos, la producción de sal y la artesanía de negrita y serpenina proporcionaban artículos sueltos para el uso de la élite local y el intercambio regional con las tierras bajas próximas al lago Maracabó. Tejidos y sal también facilitaron probablemente los contactos a distancia que proporcionaban la piedra en bruto para elaborar y terminar los pendientes de oro. Esta piedra procedía probablemente de zonas adyacentes de Colombia, fácilmente comunicadas por el río Espíritu Santo, pues todavía no existen pruebas claras de metalurgia en el noreste de Venezuela. Estas actividades, junto con los lugares sagrados y los complejos enteros indican un modelo cultural general y, posiblemente, un nivel de organización política comparable a los de los territorios al noreste de Colombia.

En las laderas bajas de los Andes venezolanos, la «tierra templada», predominaba la agricultura trabajada con el azadón, además que el sistema de riego y los entramientos eran más sencillos que en la «tierra fría». Aquí el nivel general de organización política induce a compararlo con las jefaturas de Panamá que tenían una organización más modesta, o bien con las unidades políticas del valle de Cauca, en Colombia; con todo, es probable que las élites de estas regiones de baja montaña hu-

en la baja América Central y que el simple martillo lo practicaban los artesanos en los centros regionales de Dartén y Veragua, y en lugares de la Montaña cerca de Comogre. Se destaca también el proceso de baño en ácido al que sometían las piezas de tumbeas para lograr el enriquecimiento de sus superficies, proceso conocido como *mise-en-conteur*, pudiendo interpretarse como una evidencia del proceso de fundición. Sin embargo, el tratamiento superficial de las aleaciones por varios métodos tuvo un desarrollo distinto e independiente a la metalurgia de América del Sur y su uso en América Central no indica necesariamente el empleo de la fundición. Véase Heather Lechtman, «Issues in Andean Metallurgy», artículo leído en la *Conference on South American Metallurgy*, Dumbarton Oaks, Washington, 1975. Al mismo tiempo adviértase que los datos proporcionados desde principios del siglo XVII, prueba de la fundición de tumbeas en la región de Talamanca, surste de Costa Rica, y otras muestras detalladas del siglo XVI permiten albergar la posibilidad de que en el centro regional de Talamanca se practicaba un tipo más complejo de metalurgia, durante los primeros años del contacto con los europeos. Véase el informe de Ray Aguilar de Zevallos, en León Fernández, *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, París, 1986, vol. V, pp. 158-159. Además recientemente se ha encontrado un molde de fundición en Guanacaste, Costa Rica.

bieran alcanzado un status considerable, posiblemente obteniendo un beneficio político del papel de intermediarios que desempeña en el intercambio de los productos procedentes de las tierras altas y la tierras bajas entre los grupos de la «tierra fría» y los que habitaban en las llanuras del lago Maracaibo, o para las que residían en las laderas meridionales de las montañas entre los pueblos de la «tierra fría» y los grupos de los llanos venezolanos.

En torno al lago Maracaibo las principales actividades de subsistencia eran la pesca en el mismo lago, los ríos y lagunas adyacentes, junto con la agricultura y la caza, en las llanuras lacustres y ribereñas tierras bajas próximas al lago. Aunque la pesca y recolección, y la agricultura eran actividades que se realizaban en diferentes grados por los distintos pueblos del lago y las regiones interiores, no obstante, existían una notable simbiosis económica entre los pescadores del lago y los agricultores de la llanura, así como entre estos grupos agrícolas y los pueblos montañeses de las sierras situadas al sur y al oeste.

Al parecer, al este del lago Maracaibo se desarrollaron numerosas sociedades avanzadas, a lo largo de la costa y paralelamente a las cadenas montañosas del norte de Venezuela, cuyas unidades políticas estaban compuestas por una franja de tierra ecológicamente variada que se extendería desde las montañas al mar, como sola superficie de Venezuela, que facilitaba la comunicación entre la costa y el valle de los bancos del río Yaracuy, que facilitaba la comunicación entre la costa y el valle regado de Barquisimeto, en el interior. Cerca de allí, el río Cojedes ofrecía a los pueblos de los llanos rutas para desplazarse al sur. Los artículos sustratos de élite, incluyendo piezas de oro y perlas, indican que las redes de comercio a distancia que utilizaban las élites del norte de Venezuela alcanzaban, finalmente los llanos al sur, Colombia al oeste y la «Costa Perla» de Venezuela más allá hacia el este.

Los relatos de los españoles indican que las operaciones militares eran tan activas como el intercambio comercial en estas extensas regiones del norte de Venezuela. Allí, como en Colombia y la baja América Central, el militarismo producía cambios que podían ser cambiados por otros objetos de valor, como la sal o la coca, y que también podían servir como trabajadoras para la comunidad conquistadora. El significado económico de esta mano de obra añadida no está aclarado del todo, pero la productividad agrícola pudo sin embargo haber aumentado significativamente. Los datos disponibles sugieren claramente que las guerras, al igual que los intercambios comerciales a distancia, se dirigían al beneficio político de los jefes militares, tanto como a otras élites del mismo modo o más que a las ganancias económicas. Los cambios, como cualquier otra mercancía, contenían un valor político e ideológico tanto como económico. Esas personas no eran tratadas como esclavos impersonales. Realmente, los cautivos frecuentemente fueron incorporados al grupo de sus captores a través del matrimonio, y los hijos de estas uniones se convertían en miembros absolutamente legítimos de la sociedad.

La riqueza y la diversidad de los recursos naturales, así como los factores inherentes a la topografía accidentada, sin duda influyeron en la evolución de las sociedades avanzadas existentes en las islas montañosas de las Grandes Antillas, como lo hicieron en toda la región circuncaribe. En este caso, como en Panamá, norte de Venezuela y parte de Colombia, muchos dominios se centraron en fértiles valles mon-

tañosos, atravesados por ríos que cortan desde las cimas de las montañas interiores hacia el mar, y que proporcionaban el acceso a los recursos del litoral, praderas cultivables y vías fluviales. Algunas unidades parecen haber sido localizadas en las partes más altas de los ríos en el interior montañoso del país lejos del contacto directo con las bajas sabanas y las extensiones costeras, pero con beneficios equivalentes de las cuencas pequeñas aunque bien regadas de las tierras altas.

Los cronistas españoles subrayan la generosidad de los recursos naturales que los isleños podían utilizar. Abundaba la pesca en los ríos, los lagos y el mar, las aves acuáticas y terrestres, los cangrejos, las langostas, las tortugas marinas y los marfies, aunque, por el contrario, la caza era limitada. Algunos de estos recursos naturales se trataron de cultivar; así, existen alusiones a cercamientos en donde se criaban peces y tortugas y amplios recintos para las aves. Los isleños también cultivaban intensivamente los fértiles valles fluviales y, en menor medida, las sabanas cubiertas de hierba, produciendo buen número de productos básicos y materiales útiles que incluían el algodón y el tabaco. No es sorprendente que, dada la abundancia de proteínas procedente del pescado y las aves y otros animales, los cultivos de base cerealera constituyeron los elementos agrícolas básicos, aunque se cultivarían también una gama de otros productos alimenticios. Las parcelas de tierra se despejaban por técnicas de «roza y quema», y se plantaban con un bastón para cavar. Donde las condiciones lo permitían, la tierra era acumulada en hileras formando montículos seretados o «montones» que servían para mejorar y estabilizar el desagüe. Sin embargo, en los valles de La Española que daban a sotavento, donde las precipitaciones anuales son bajas, se utilizaban los diques de riego.

Algunas actividades agrícolas, de la pesca y la caza estaban dirigidas directamente por la élite, probablemente para abastecer festejos específicos y otras funciones públicas dirigidas por la élite. Durante la cosecha, la población también ofrecía los primeros rufos a los jefes como obsequio. Además de esto ciertos alimentos se reservaban para la élite, incluidas las iguanas y un tipo especial de pastel de mandioca.⁴ La mayor parte de los artículos suntuarios que identifican y glorificaron a las élites antillanas también se producían en las islas, y no está claro el alcance que tuvieron los contactos comerciales a distancia que los nobles antillanos llevaron a cabo. El intercambio comprendía varios artículos de prestigio utilizados para reconocer las alianzas realizadas entre ellos mismos, tales como el matrimonio o como las muestras de respeto y estimación. Estos intercambios se extendieron a través de contactos entre las islas próximas, hasta que llegaron a ser numerosos y frecuentes.

La élite de ciertas unidades políticas ejerció algún control sobre la producción de objetos de valor, presumiblemente, beneficiada políticamente por su distribución en una región más amplia. Así, por ejemplo, los ricos yacimientos de sal en la costa meridional de Puerto Rico se han asociado con el dominio del jefe máximo de la isla, quien también vivía en esta costa excepcional por sus ventajosas pesqueras. Del mismo modo, el servicio de un *cacica*, importante en el oeste de La Española, comprendía la isla de Guahaba, algo alejada de la costa, donde las mujeres tallaban cuen-

4. Las iguanas se asociaban simbólicamente al señorío según los antiguos mayas, y, probablemente, según los panameños precolombinos, así como las élites de las Grandes Antillas. Véase Mary W. Helms, «Iguana and crocodilians in tropical American mythology and iconography with special reference to Panama», *Journal of Latin American Lore*, 3, 1977, pp. 51-132.

cos de platos, taburetes (*dhos*) y otros objetos bellamente esculpidos para el uso de la élite, que estaban hechos de una madera negra y brillante, posiblemente de la familia del ébano.

Textiles finamente tejidos y decorados con piedras de colores y piezas de oro se usaban también para indicar el status de la élite. El oro que había en La Española, Puerto Rico y Cuba se martilleaba en láminas y hojas finas para las piezas de las orejas y la nariz de los cascos, y otros ornamentos corporales. Puesto que no hay señales de fundiciones y otras técnicas complejas de metalurgia en las islas, las pequeñas cantidades de tumbuga que se reconocen en las Grandes Antillas deben haber procedido del subcontinente de América del Sur, probablemente, por la red de contactos entre las élites. Conexiones parecidas pudieron haber proporcionado la red, la jadaíta, la calcita y otros minerales en forma de collares de cuentas muy preciadadas por las élites.

Los asentamientos de las élites se componían de doce a quince amplias estructuras cónicas en cada grupo de viviendas, probablemente ocupado por un grupo de parentesco formado por varias familias, la mayoría de las cuales podían estar relacionadas con el jefe, quien habitaba una vivienda amplia y profusamente decorada formando un foco al centro de la élite. Los grupos de casas de los plebeyos se situaban generalmente cerca de los ríos o en las sabanas cerca de los campos. Frente a la morada del jefe, generalmente se hallaba una plaza a nivel para las funciones públicas. Algunas de estas plazas servían también como campos de juego para celebrar en equipo el juego de pelota llamado *batey*. En ocasiones, los partidos de batey comprendían contiendas entre los equipos que representaban a jefes competidores que rivalizaban entre sí. Declarada formalmente la guerra, aparentemente por asuntos como una penetración territorial, o por los derechos de caza o pesca, o por la ruptura de un acuerdo matrimonial entre un señor y la hermana o la hija de otro, también podía servir como un vehículo para expresar el poder del jefe a las élites rivales. Un jefe satisfactorio, con éxito, estaba apoyado por un amplio grupo de descendencia consanguínea y, a través de la poligamia, tenía numerosos vínculos afines con otras familias de élite. Era además, un jefe guerrero triunfante y el dueño orgulloso de una canoa de tronco primorosamente decorada, que le permitía navegar por el mar y transportar 50 hombres o más. Un noble experto como jefe guerrero y propietario de una canoa, tenía los atributos que daban testimonio de su capacidad como organizador y jefe de sus hombres, ya fuera en la tierra o en los riesgos de los viajes por mar a tierras cercanas o alejadas. Sin embargo, los símbolos (*ce-mis*) sagrados zoomórficos y antropomórficos pintados en los cuerpos de los guerreros, grabados sobre las piezas de oro que las élites portaban en combate, y pintados y tallados en las canoas y en otros innumerables objetos, daban testimonio de poderes sobrenaturales. Por consiguiente eran las expresiones de fuerzas sagradas, así como las declaraciones de las rivalidades y ambiciones humanas. Asociado con los poderes esotéricos sagrados, se convertía, además, en factor legitimador de un jefe como un ser sobrenatural que se encontraba entre la sociedad y los elevados niveles de responsabilidad de un señor incluyeran también la obligación de vincularse, por medio de un estado de trance a lejanos reinos sagrados sobre la tierra y bajo ella, para tratar con seres sobrenaturales los asuntos del pueblo que estaba a su cargo.

y para conseguir la intuición profética necesaria para predecir los acontecimientos futuros.

Las señales de culturas indígenas en las Requeñas Antillas proceden principalmente de las observaciones realizadas en las islas de Dominica, Guadalupe y San Cristóbal, a principios del siglo XVII. Esta información indica que los indígenas callinagos, o la llamada isla Caribe, no alcanzó la complejidad y el grado jerárquico de las organizaciones sociales y políticas que caracterizaron a sus vecinos de las Grandes Antillas. En lugar de esto, los callinagos mantuvieron un tipo de organización sociopolítica de carácter más tribal o igualitaria, aunque también se han encontrado elementos específicamente políticos e ideológicos desarrollados en la cultura de las Grandes Antillas, aunque en una forma más simple.

En virtud de su ambiente isleño, los callinagos también tuvieron acceso a los recursos del mar Caribe. Pescado, langostas y cangrejos, tortugas marinas, mariposales, constituían las dietas alimenticias principales. Cuando se agotaban, los mariposales eran los animales terrestres. Los productos del mar y la caza se complementaban con los productos obtenidos por el proceso de agricultura de rozas.

Los asentamientos callinagos eran pequeños, y comprendían aproximadamente de 30 a 100 individuos y generalmente estaban cerca de los ríos de agua fresca. Una aldea solía componerse por la familia extensa de un «hombre de importancia» que residía virtualmente con varias esposas, porque los jefes practicaban la poliginia y también recibían las mujeres capturadas en la guerra. Sus hijas casadas y los hijos de éstas, y sus maridos, también vivían allí, pues los otros hombres que no eran jefes se alojaban uxorilocalmente. Desde el punto de vista físico, una aldea comprendía una espaciosa casa comunitaria colocada en el centro de un lugar despejado donde el jefe, sus hijos políticos y los hijos menores pasaban los días cuando estaban en casa. En torno a esta gran estructura estaban los alojamientos para dormir y las cocinas, una para cada esposa y sus hijas y yernos.

El puesto de mando que confería la jefatura de una aldea se expresaba ampliamente por el tamaño de la familia y especialmente por el control ejercido sobre los hijos solteros y los hijos políticos residentes que cuidaban los jardines, constituían probablemente las casas y pescaban para el jefe. Los jefes tenían también esposas en otras aldeas, incluso en otras islas, a quienes visitaban periódicamente. Tales visitas ampliaban la esfera de influencia personal de un jefe más allá de las comunidades próximas. Las operaciones de guerra, generalmente dirigidas contra otros pueblos antillanos alejados, incluso contra grupos de Trinidad o del subcontinente de América del Sur, muy próximo a las islas, constituían otra vía que conferir prestigio político a los pocos que por su resistencia y valor en las incursiones, y por sus consejos en la guerra eran aceptados finalmente como jefes guerreros. Los hombres que poseían y dirigían las enormes canoas, en las que se hacían los largos viajes hacia las islas enemigas, también alcanzaban posiciones de honor e influencia.

Los triunfos bélicos, en forma de incursiones hechas por sorpresa, daban prestigio a los guerreros vencedores y proporcionaban valiosos botines de lugares ale-

5. La residencia virtual se refiere a un modelo de residencia marital en la que la pareja de casados pasa a formar parte de la familia o comunidad natal del esposo. En la residencia marital virtual la pareja se incorpora a la familia o comunidad natal de la esposa.

¡ados, incluyendo mujeres cautivas que los jóvenes guerreros entregaban a sus padres y abuelos para que les sirvieran como esposas. Los hijos de estas mujeres se convertían en miembros absolutamente legítimos de la comunidad y es probable que estas adquisiciones de mujeres cautivas y la autoridad sobre sus hijos ayudaran a un jefe de aldea para desarrollar su base política formada por hijos e hijas políticas. Los caminos de influencia política en la sociedad callinago —dirección de una gran familia con muchos hijos políticos, jefatura bélica y propiedad de canoa— se consideraban como actividades distintas y podían corresponder a hombres diferentes cuya influencia era limitada a las situaciones que exigían una habilidad particular. Sin embargo, puede suponerse que los jefes callinagos que más triunfaron, incluyendo a aquellos pocos que gozaban de reconocimiento en un amplio territorio, fueron los hombres capaces de alcanzar varias de esas posiciones.⁶ Es digno de tener en cuenta que en las Grandes Antillas el papel más evolucionado de jefe reunía los tres factores de la jefatura en un solo cargo.

Los dirigentes callinagos que triunfaban como jefes en las Grandes Antillas, expresaban las pruebas materiales de su status con ornamentos valiosos, aunque los artículos sumarios se utilizaban en una escala menor que en las grandes islas. Los artículos más valiosos y prestigiosos procedían de localidades lejanas a donde los guerreros se aventuraban. Los principales artículos eran las armaduras de oro en forma de semicirculo, o *carraçoli*, que llevaban los jefes y sus hijos, adquiridas por intercambios u obtenidas en las incursiones hacia el continente en el nordeste de América del Sur.

Los viajes de los callinagos los llevaban a la región de Cumaná, al golfo de Parí y el delta del Orinoco donde podían relacionarse con los pueblos continentales del nordeste de Venezuela, de los llanos al este y del curso bajo del Orinoco así como con grupos originarios de las Guayanas, más al Sur. La población de la costa nororiental y del Macizo Oriental que se alimentaba de la pesca abundante y la agricultura, se organizaba asimismo en sociedades avanzadas, aunque las unidades políticas del golfo de Parí parecen haber sido pequeñas y organizadas de una manera menos compleja que las del oeste. El contraste se ilustra comparando a los jefes millares que se elegían anualmente en la región del golfo de Parí, con Guaranimal, el señor regional del valle del Unare, quien sostenía un centro de élite fortificado dotado de calles y plazas, almacenes para guardar los alimentos y las armas y cincos residencias para sus muchas esposas, hijos y sus criados.

En la parte baja, el abierto valle del Unare alcanzaba los llanos interiores de las sabanas orientales de Venezuela, llegando a la costa caribeña y a las cadenas montañosas que corren de este a oeste, paralelas al mar. Indudablemente, el prestigio y poder del señor dominante en este valle se reflejaba en la posición estratégica sobre una vía importante, tanto para viajar como para realizar intercambios comerciales. En general, la pruebas encontradas en el nordeste de Venezuela indican que una cantidad de productos regionales, como pescado, pasta de coca y lima, sal de la península de Araya y perlas de las aguas que rodean Cumaná, Cubagua, isla Margarita, se intercambiaban con pueblos de regiones alejadas, que ofrecían a cambio maíz,

6. Vase Douglas Taylor, «Kinship and social structure of the Island Carib», *Southwestern Journal of Anthropology*, 2, 1946, p. 181.

esclavos y pequeños objetos de oro, que se decían procedentes de un país costero situado a seis días de viaje en dirección oeste.

Entre esos centros de intercambio comercial en el nordeste, estaban los caribes

de los llanos orientales que se extendían entre el Macizo Central costero y el curso bajo del río Orinoco. Aquí, como entre los callinagos, o en las Pequeñas Antillas

sobre el grupo de hombres de la familia y los cauitvos de guerra. Las mujeres se ocupaban de la agricultura de subsistencia a lo largo de arroyos y ríos, mientras que los

hombres se dedicaban a la caza de ciervos en las «mesas» cubiertas de hierbas de los

vales fluviales y a viajar hasta las lejanas Antillas, a lo largo de las costas de Guayana y Venezuela y a través del río Orinoco, para hacer incursiones y comerciar.

Estas dos últimas actividades proporcionaban a los caribes una gran variedad de recursos útiles, incluyendo numerosos esclavos que, si eran hombres, se sacrificaban

ritualmente o se incorporaban a las comunidades caribes como hijos políticos, o, si eran mujeres, se empleaban en labores agrícolas o trabajaban como peones en las

expediciones a distancia que los caribes emprendían.

Las actividades de comercio e invasión que habían hecho conocidos a los caribes de los llanos orientales, formaban parte de una red mucho más amplia y com-

pleja que constituían una simbiosis regional y de la serie de contactos a distancia que ampliaban el sistema fluvial del Orinoco. Estas asociaciones que incluyeron nume-

rosas poblaciones de la selva y de agricultores sedentarios ribereños, los pueblos especializados en la pesca fluvial, que residían en las cuencas, y los cazadores reco-

lectores nómadas de las extensas praderas interfluviales de los llanos venezolanos y del este de Colombia, situados al norte y oeste del Orinoco. Diferentes bandas de

cazadores-recolectores, y comunidades particulares de agricultores ribereños, estaban vinculadas por un sistema simbiótico de relaciones antiguas que proporcionaban re-

ursos agrícolas y varios productos de la palma a los cazadores recolectores, y fru-

tas silvestres y carne para los horticultores. Estos intercambios se efectuaban en las aldeas de los agricultores por medio de un complejo sistema de hospitalidad, tor-

recolectores en los huertos. Las comunidades de pescadores entraban en este sistema de intercambio de pescado seco por productos agrícolas. Esta forma del pesca-

do tenía una importancia especial para los grupos de pescadores durante la estación lluviosa, cuando otros alimentos escaseaban.

Durante la estación seca, los grupos de pescadores también dominaban los bancos de pesca en las playas e islas especiales de los cursos medio y alto del Orinoco

y sus grandes afluentes, en donde infinidad de tortugas *ariva* se congregaban anualmente para poner huevos. En esta época, otras comunidades nativas, de miles de ha-

bitantes, dedicadas a la búsqueda de alimentos, se desplazaban también a las playas donde había tortugas para recoger huevos y aceite de tortuga, y también para cazar

los animales de los bosques que también acudían a las playas para alimentarse a base de las tortugas. Estas reuniones de pescadores, horticultores y cazadores servían para

formar grandes ferias comerciales donde se ofrecía una amplia gama de productos procedentes de todas las regiones del sistema del Orinoco y los llanos. La actividad

de trueque extensivo se facilitaba por los extendidos vínculos de parentesco que unían

familias específicas de varias regiones, por la especialización artesanal de los gru-

pos y la producción de recursos de este tipo, por la extensa utilización de los lengüetes comerciales conocidos en todo el sistema del Orinoco, por la atención que se prestaba a las normas de reciprocidad, de modo que quien recibía un obsequio en un intercambio, devolvía la acción con un objeto más valioso, y finalmente por los collares de disco hechos con concha de caracol, llamados *quitipa*, que servían como «moneda primitiva». Las series de quitipa, altamente apreciadas, se llevaban como adornos que indicaban la riqueza y el status personales.

Las ferias de intercambio comercial que se celebraban durante la estación seca, en las playas de las tortugas en los cursos medio y alto del Orinoco, atraían hacia el Caribe desde el bajo Orinoco y los llanos orientales gente de las tierras altas de Guayana y representantes del nordeste de la Amazonia. Además, había centros de intercambio por los bordes septentrionales y occidentales de los llanos. Estos centros se situaban además en lugares donde las praderas alcanzaban las cadenas montañosas al norte de Venezuela y la cordillera oriental colombiana, que relacionaba a los grupos de los llanos con los de las regiones altas. De esta manera, productos como los derivados de las tortugas, el algodón en rama o en hilo, las plumas, las pinturas para decorar el cuerpo, las resinas y aceites, y la quitipa se trasladaban de los llanos a las montañas, mientras que otros productos como la sal, el oro y los tejidos de algodón invadían los llanos, procedentes de los territorios adyacentes a los Andes. Gracias a las redes de intercambio de los llanos, los productos andinos se distribuían a lo largo y ancho del norte de América del Sur. Realmente, la posición central del sistema fluvial del Orinoco y los llanos adyacentes, eran un instrumento para conectar a los pueblos y los recursos procedentes de las tierras conguas a la región del circuncaribe.

Por último merece la pena observar que los grupos de los llanos y el Orinoco actuaban, en gran parte, como intermediarios en el comercio interregional, pues de todos los artículos que se distribuían por las redes comerciales de los llanos y el Orinoco, solamente las monedas de conchas y posiblemente los productos de las tortugas procedían exclusivamente de estas dos regiones.⁷

También es significativo que los artículos recibidos en los llanos desde el exterior generalmente no eran imprescindibles para la subsistencia, sino que formaban parte de los artículos de lujo, como textiles muy elaborados, hamacas terminadas con trenzados, ornamentos de oro. La recepción de estos materiales «políticos» indica que la actividad realizada en el interior de la red del intercambio otorgaba beneficios políticos. Ciertamente, los asentamientos más complejos de los llanos y, probablemente, las organizaciones políticas más completas, estaban situadas en zonas próximas a los afluentes principales del Orinoco, y a lo largo de las vertientes interiores de la cordillera al norte y al oeste, dispuesta estratégicamente por la estera de interacción en el norte de América del Sur. No obstante, no hay pruebas claras de la existencia de sociedades avanzadas en la región de los llanos según los datos etnohistóricos, muchas de las cuales datan con varios siglos de posterioridad el contacto inicial; la mayoría de las sociedades de las aldeas estaban gobernadas por una comunidad de caciques, aunque tenían bajo su control numerosas esposas y mujeres cautivas, y exhibían las quitipas, lo que confirmaría el alto prestigio personal y el status comunitario de los jefes individuales.

7. Robert V. Morey y Nancy C. Morey, *Relaciones comerciales en el pasado en los llanos de Colombia y Venezuela*, Caracas, 1975, pp. 29-30.